

1972

Antúnez: Ojo Con el Arte

(En la despedida a Nemesio Antúnez, ex Director del Museo Nacional de Bellas Artes).

Nuestro festejado, en el último tiempo, ha cultivado un arte con raíces oníricas.

En sus cuadros flotan grandes muchedumbres, como hormigas o alfileres, en inmensurables espacios vacíos. En algunas obras se mecen enormes lechos matrimoniales, hechos a la medida, a la medida de su autor, desde luego; son los modelos "patitas largas", y en que se ven cubitos con traposas frazadas, de anchas franjas de color, esperando que allí en el calorito del colchón...

Uno de esos cuadros se llamaba "el matrimonio de Caszely".

Parece que nuestro festejado no sabía lo que hacía, porque el campeón del fútbol, de media cancha, de cabeza o de taquito, no lo especifica la crónica deportiva, le ha metido un gol que le ha provocado la salida del arco, es decir, de la Dirección del Museo.

Son las cosas de la vida.

Hace cinco años, a nuestro festejado se le homenajeaba porque asumía el cargo. Hoy, porque lo deja.

Pero aclaremos, hace cinco años el champañazo era por lo que iba a hacer. Hoy, por lo que hizo.

Y veamos lo que hizo. Con absoluta irreverencia a las Musas del Parnaso (que, entre paréntesis, es una colina como las que rodean Quilicura, donde



SERGIO MONTECINO

vive Torterolo), se le ocurrió hacer un tremendo hoyo en el medio del hall del Museo.

Recuerden: fue una acción de guerra. Al Museo entraban, como Pedro por su casa, los "tanques", los "ejércitos" con cascos blancos, rojos, azules, con picotas-metralletas, lanzallamas para hacer las soldaduras de los rieles que atravesaban de lado a lado. "El Descendimiento" de Arias se vino al suelo. Descendió, por fin, y allí ha quedado. Hasta la Marta Colvin una mañana atravesó el parque con casco blanco, camino al edificio de la UNCTAD.

Antúnez movió cielo y tierra, sobre todo mucha tierra, para conseguir su propósito. Pues bien, lo consiguió. Y aquí un golpe maestro: la inauguración espectacular. Los invitados: 4.000 extranjeros que vinieron a

la Conferencia de la UNCTAD. Parecía un gran baile de carnaval. Veinticuatro horas antes no había nada listo, ninguna obra colgada. Un milagro hizo que todo estuviese pronto.

A la nueva Sala se le ocurrió bautizarla con el nombre de Matta. Fue su error. No se acordó del verso nacido de la polémica entre Quevedo y el Doctor:

"Matta... y es verdad".

Antúnez fue muerto por su propia labor. Es lo que le pasó al Doctor Frankenstein, y a Mr. Hyde con el Dr. Jekyll.

Recibía llamados para que dejara el cargo. Se le supusieron cosas.

Después nuestro festejado quiso ser Racheo Areco y estalló la guerra de los tupamaros.

Después quiso ser Balmaceda y en Chile casi estalló la guerra. Es, sin duda, un hombre de premoniciones históricas.

Ahora regresa a su taller.

Allí, tranquilamente, podrá encumbrar los volantines que pintara.

Allí podrá montar en las bicicletas que pintara.

Podrá comer buena comida encima de los manteles cuadrículados que pintara.

Podrá jugar al fútbol en los estadios que pintara con Caszely, Chamaco Valdés y Leonel Sánchez.

Podrá, por último, acostarse en las enormes camas matrimoniales, de cuatro plazas, que pintara; hacer el amor y podrá soñar, tal vez sin sobresaltos, en cualquier cosa.